EL CENTENARIO DE LA DEFUNCION DE FORTUNY

POR

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR

CÚMPLESE este año de 1974 el primer centenario de la muerte del, en su tiempo, famosísimo pintor y grabador española Mariano Fortuny.

Agradecemos a la IV Bienal Internacional de la Gráfica de Arte que haya honrado la memoria del que había sido jovencísimo maestro y que celebre la efemérides exponiendo la mayor parte de sus grabados. La Bienal rinde así homenaje no sólo a él, sino también a esa nutrida falange de artistas españoles de su época que, sin renunciar a su personalidad y bravura peculiares, tomaron savia en Italia, vinculándose a ella y muy especialmente a Roma, dando lugar cuando Fortuny estaba en el ápice de su gloria a la fundación de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, que recientemente celebró también su primer centenario con una memorable exposición donde figuraba un centenar de obras de los más ilustres artistas que por ella han pasado.

Mariano Fortuny Marsal nace en Reus (Tarragona) el 11 de junio de 1838. Su abuelo, artesano de la madera y modelador en barro, intuyó el precocísimo talento artístico del nieto, huérfano muy niño, y le guió proporcionándole sólida disciplina y larga formación al lado de los maestros Soberano, Talarn y, ya en Barcelona, el pintor Claudio Lorenzale y el estudioso de arte Milá y Fontanals. Así desde su niñez hasta los veinte años, infatigable, ansioso de conocimientos, aprende concienzudamente el oficio y sin darse reposo recorre la comarca catalana ejecutando siempre profundísimos estudios del natural. Prefiere copiar directamente la vida y la Naturaleza a los modelos escolares. Al mismo tiempo proveía a las necesidades propias y del abuelo dibujando como litógrafo e iluminando fotografías. Gana premios y ejecuta algún encargo.

Los maestros aprecian su talento y logran que la Diputación Provincial de Barcelona cree una Pensión en Roma, que, mediante oposición, le es otorgada a Fortuny por unanimidad.

En 1858, a los veinte años de edad, se establece en Roma. Le maravillan Rafael en el Vaticano y el *Papa Inocencio X*, de Velázquez, y escribe lamentándose de que entre los pintores que se movía no acertasen a dibujar una figura de memoria ni componer aunque pintasen muy bien del natural. El copia a los clásicos y durante ocho años asiste cada noche a la Academia Chigi.

En 1860, un año después de fallecer el abuelo, fue a Africa, enviado siempre por la Diputación de Barcelona, y aquí expondrá los trabajos ejecutados. Vuelve a Roma y a Africa con objeto de preparar los estudios para el gran cuadro *La toma de Tetuán*. Regresó de este viaje con las carpetas y cuadernos repletos de estudios y apuntes marroquíes, basando en ellos una de las claves de su éxito deslumbrante.

En 1866 pasa a Madrid llevando multitud de obras terminadas o en ejecución. Allí se enamora de Cecilia, la hija del gran pintor Federico de Madrazo, Director del Museo del Prado, y se casa con ella. En Madrid y en Roma de nuevo, trabaja ardientemente, y le patrocina entonces el Duque de Riansares, cónyuge de la Reina Cristina.

En 1869 el matrimonio se traslada a París. Son sus amigos Gérome, Meissonier, Regnault, Dumas (hijo), Martín Rico, Gustavo Doré, Madrazo (R.), Goupil, etc. Se enorgullecen Meissonier y Gérome de posar para él cuando trabajaba en su cuadro *La vicaría*. Lo expone en París, así como también otras pinturas, acuarelas y grabados, con un éxito inmenso. Teófilo Gautier, enfermo y postrado en su lecho, hizo que le trajeran el famoso cuadro para contemplarlo y tanto le enamoró que lo juzgó así: "No es posible expresar con palabras el buen gusto encantador, la gracia exquisita, la originalidad inesperada de este cuadro que reúne la flor virginal del boceto con la terminación de la obra maestra más esmerada y preciosa."

Viaja Fortuny a Sevilla, Tánger, Córdoba y a Granada, en donde tra-

baja y nace su hijo Mariano, también pintor, grabador e ingeniosísimo escenógrafo que pasaría su vida en Venecia.

Fue el joven Fortuny, padre, uno de los ídolos de su tiempo, creando el "fortunismo". Vida breve y fecundísima, que si se movió entre Barcelona, Marruecos, Madrid y París, dejando siempre estela, estuvo centrada en Roma, donde llegó el pintor a tener en la Villa Martinoni de via Flaminia un suntuoso estudio repleto de variados objetos: hierros, tapices, armas, cerámicas, etc., todo de las más diversas procedencias, alcanzando en la Urbe Caput Mundi tal fama que al decir de Joffred Christensen, el pintor danés abuelo del historiador Jorgen Birkedal Hartmann, cuando Fortuny exponía alguna de sus obras en la galería de arte existente en el Corso suscitaba tanto furor y se acumulaba tal gentío ante la vitrina que se interrumpía la circulación, formándose largas colas de gentes ávidas de contemplar la obra del pintor español. Mimado por la sociedad de su tiempo, según su suegro D. Federico de Madrazo, Fortuny tuvo más carrozas a su puerta que un gran embajador o magnate.

El 21 de noviembre de 1874 falleció de malaria en su amada Roma, dos días después se procedió a su autopsia y el día 24 los artistas condujeron en andas el túmulo conteniendo su ataúd al cementerio de Campo Verano, en San Lorenzo. Un bello monumento funerario nos lo recuerda allí y en el féretro quedó depositado un pergamino firmado por ciento cincuenta italianos y españoles rindiendo "homenaje al genio de la pintura moderna". Que el Arte une lo que la política disocia.

En 1911 los reyes de Italia descubrieron una placa de mármol como recuerdo y homenaje perdurable en la casa de la Vía Flaminia en que residió Fortuny.

Diríamos que este pintor es un realista de un virtuosismo mágico. El podía dibujar un desnudo de memoria. Sus obras pequeñas son siempre grandiosas de concepto y cada fragmento resiste el análisis y la ampliación. Temperamento de orfebre, preciosista con fantasía y habilidad sin límites, dominó todos los procedimientos y técnicas, siendo un colorista extraordinario. Su deslumbrante destreza hizo decir a algún crítico superficial que carecía de hondura, cuando, por el contrario, aprehendía la vida

y la poesía de los seres, de las cosas y de los ambientes con aquel conocimiento y maestría a que había llegado en su constante e incansable aprendizaje y estudio del natural.

Su realismo es muy otro del frío, plano y carente de vida que ahora se hace a través de la fotografía utilizándola en su integridad y no como sugerencia. Es quizás la aspiración realista actual lo que explica que, a los cien años de su muerte, Fortuny reviva en su obra resplandeciendo de nuevo su gloria.

Los grabados de Fortuny, el aguafuerte libre, pese al reducido número que realizó —treinta y cuatro según Luis Alegre, grabador y Director que fue de la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid—, son obras maestras no solamente por lo que respecta a su arte, sino por el gran dominio del oficio que revelan.

El acento es siempre expresivo y nervioso y el trazo chispeante y decidido. Sus negros tienen aquella tersura aterciopelada y transparente que solamente logran los grandes maestros del género.

Con sus croquis y apuntes marroquíes, vivos e incisivos, inició Fortuny su serie de aguafuertes de técnica minuciosa y mordidos precisos, grises sutiles y suaves modelados que abren un gran horizonte a este arte. Con su espontaneidad y expresión, como ya había hecho Goya, animó de nuevo este procedimiento.

* * *

Obsérvense *Retrato de Zamacois*, pleno además de carácter y significado, y *Diplomático*, riquísimo de oficio y sabiduría. En *Idilio* y *Victoria*, tan personales y conocidos, la técnica hábil y flúida, el dibujo justo, modelado casi escultórico y un rayado preciso y animado, sin monotonía alguna, hacen de ellos dos obras maestras y amables.

Marroquí sentado, *Arabe herido*, *Croquis*, *Mendigo* y *Echadora de cartas*, de trazo más libre y dicción siempre amorosa y apasionada, muestran el deleite que Fortuny sintió por lo árabe.

En tanto que su *Iglesia de San José en Madrid* nos recuerda a Alenza y aun los ambientes goyescos, su perfección de oficio, reparto de luces y sombras y sabio empleo del aguatinta hacen de él uno de los aguafuertes más conocidos del autor. Otro tanto diríamos de *Mariscal Ferrant de Marruecos*, con sus fondos oscuros, ambientación y manera un tanto impresionista y en el que se percibe la atmósfera, recordándose la tradición velazqueña.

El anacoreta realza la impresión ruda de pobreza y desolación de la Naturaleza y del hombre, puestos en valor por los impresionantes contrastes de luz y de sombras. Es un grandioso alarde de composición y oficio, de fuerza y calidades centrado por el negro sobre el que destaca el anacoreta y por la luz crepuscular que da el acento al dramático asunto.

Y en *Serenata* muéstrase el pintor y colorista en la penumbra apenas iluminada, en la que, entre tipos del Trastévere romano y Meo Patacca, el autor de *Stornelli*, destaca y centra la acción sobre habilísima y bella aguatinta transparente como noche romana.

Es Fortuny en su obra gráfica un artista completo que sabía pasar de la belleza y dulzura de *Idilio* y *La victoria* al drama acuciante de *El anacoreta* o a la fuga de *El árabe herido* o de *La echadora de cartas*.

Veintiocho planchas grabadas por Fortuny conserva en perfecto estado la Calcografía Nacional de Madrid, a la que fueron donadas por la generosidad de la dama francesa viuda de Fortuny Madrazo, hijo de nuestro artista.

Expresamos aquí nuestro agradecimiento a la señora Liselotte Hohs-Manera por su gentileza de ceder estas obras para su exposición.